

¡CATÓLICOS!

Hoy más que nunca la Iglesia necesita del amor y generosidad de sus hijos.

No seáis sordos al clamor dolorido de la Madre y acudid presurosos en su auxilio.

EL CRUZADO DE LA FE

ADMINISTRADOR
Don Cándido Ledesma Santos
Beneficiario Organista de la S. I. C.

DIRECTOR
Don Jesús Pereira Sánchez
Párroco de Sta. Marina

VICE-DIRECTOR
Don Saturnino Moro Palos
Beneficiario y Profesor del Seminario

Santo Evangelio**EN FAVOR DEL SEMINARIO**

1. Concluida toda su plática al pueblo que le escuchaba, entró en Cafarnaum.—2. Hallábase allí a la sazón un centurión, que, tenía enfermo, y a la muerte un criado a quien estimaba mucho.—3. Habiendo oído hablar de Jesús, envióle algunos de los ancianos o senadores de los judíos, a suplicarle que viniese a curar a su criado.—4. Ellos en consecuencia, llegados que fueron a Jesús, le rogaban con grande empeño que condescendiese: Es un sujeto, le decían, que merece que le hagas este favor;—5. Porque es afecto a nuestra nación, y aun nos ha fabricado una sinagoga.—6. Iba, pues, Jesús con ellos, y estando ya cerca de la casa, el centurión le envió a decir por sus amigos: Señor, no te tomes esa molestia, que no merezco yo que tú entres dentro de mi morada:—7. Por cuya razón tampoco me tuve por digno de salir en persona a buscarte; pero di tan solo una palabra, y sanará mi criado.—8. Pues aun yo que soy un oficial subalterno, como tengo soldados a mis órdenes, digo a éste: Vé y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi criado: Haz esto, y lo hace.—9. Así que Jesús oyó esto, quedó admirado; y vuelto a las muchas gentes que le seguían, dijo: En verdad os digo, que ni aun en Israel he hallado je tan grande.—10. Vueltos a casa los enviados, hallaron sano al criado, que había estado enfermo.—11. Sucedió después que iba Jesús camino de la ciudad llamada Naím, y con él iban sus discípulos y mucho gentío.—12. Y cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban a enterrar a un difunto, hijo unico de su madre, la cual era viuda; e iba con ella grande acompañamiento de personas de la ciudad.—13. Así que la vió el Señor, movido a compasión, le dijo: No llores.—14. Y arrimóse y tocó el féretro, y los que lo llevan se pararon: Dijo entonces: Muñeco. Yo te lo mando: levántate.—15. Y luego se incorporó el difunto, y comenzó a hablar, y Jesús le entregó a su madre.—16. Con esto quedaron todos penetrados de un santo temor, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta ha aparecido entre nosotros; y Dios ha visitado a su pueblo.—17. Y esparcióse la fama de este milagro por toda Judea, y por todas las regiones circunvecinas.—18. De todas estas cosas informaron a Juan sus discípulos.

Evangelio de S. Lucas, cap. VII, vv. 1 al 18

Si los fieles pensaran en la grandeza sobrenatural del Sacerdocio inclinarian a sus hijos a oír la voz del Señor cuando los llamase para que se hicieran sacerdotes. Se desconoce mucho la grandeza sobrenatural del Sacerdocio, y no se sabe apreciar el elevado honor que Dios dispensa cuando llama al hombre para ponerlo tan cerca de Si, y proporcionarle descanso, como hizo con San Juan, en el Corazón mismo del Rodentor.

Si lo que para sus hijos ambicionan los padres son cargos honrosos, funciones elevadas, lugar distinguido, un cristiano sin renunciar a su fe, no puede hallar dignidad comparable con la del Sacerdote. Varón divino, Dios de la tierra cuya misión consiste en deificar a los hombres, como le apellidan los Santos Padres, ejerce un poder que se ejerce desde el cielo hasta los abismos; ante él han de humillar su cabeza las potestades más fervorosas de la tierra, si quieren obtener el perdón de las ofensas cometidas contra la Divina Majestad. Verdadero angel por su nombre y por su ministerio, excede en potestad a los bienaventurados, los cuales no pueden borrar del alma la más pequeña mancha de culpa. A semejanza de la Virgen María, da a luz con su lengua al Redentor, en frase de Tertuliano, siempre que celebra el Augusto Sacrificio, y todavía aventaja a la celestial Señora, dice San Vicente Ferrer, pues si por Ella vino Dios al mundo una sola vez y para morir, por el Sacerdote viene todos los días y a muchos lugares con vida inmortal e impasible.

En sus labios podemos poner aquellas palabras del Divino Maestro: «se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra» y con esta omnipotencia, que el Crisostomo compara a la de las Personas divinas, detiene el brazo vengador del Eterno Padre, dispone del Hijo que a él totalmente se confia, convierte las almas en templos del Espíritu Santo, puebla de moradores los alcázares celestiales, es sólida columna que sirve de sostén a la Iglesia, e influye eficazmente en la salvación del mundo, de lo que si Dios es causa principal son los sacerdotes causa instrumental necesaria.

Los esplendores del nacimiento, de la fortuna, de las dignidades humanas, podrán ofuscar los ojos carnales; pero se eclipsan ante el brillo deslumbrador que la fe descubre en la dignidad Sacerdotal, y por elevado que supongamos a un hombre en el mundo, lejos de rebajarse, ha de subir si quiere llegar al Sacerdocio.

Por eso es erróneo el criterio de algunos padres de familia. Bien sea por debilidad de las creencias, o por no saber sustraerse al influjo del ambiente que nos rodea, acontece que los padres, cuando juzgan

de estas cosas, ordinariamente no aplican el criterio de la fe, sino el criterio mundano; y como ven que al Sacerdote se le menosprecia, se le insulta, se le aborrece, se le persigue y como vimos en nuestros días, en nuestros días se le ha llegado a matar en crecido número; como no se les oculta que para muchos el mayor favor que a un Sacerdote puede dispensarse es la tolerancia, o a lo más alguna muestra de insultante compasión, temen y rehusan ver a sus hijos colocados en una situación, que el mundo califica de desgraciada, sin darse cuenta de que al conducirse de este modo, conculcan descaradamente los derechos de Dios; porque si ellos creen poder disponer de sus hijos, ¿con qué razón negarán a Dios este derecho? Dirían que corresponde a sus atribuciones el preparar a los hijos un decoroso porvenir; mas sobre esas atribuciones, ¿no están, por ventura, las que tiene el Señor de todo lo creado, que, al dar vocación a un niño, es como si lo reclamara de sus padres para consagrarlo, porque así le place, al servicio del Santuario?

¡Que aman mucho a su hijo! ¡Amor mal entendido y por demás funesto, que al seguir caminos contrarios a los que Dios indica, se encuentra muchas veces con el dolor y la desgracia allí donde esperaba hallar la prosperidad y el bienestar! Mas lo ama el Señor y mejor sabe lo que le conviene; por qué, pues, oponerse a sus designios?

Si con ese criterio hubiera juzgado Abraham, seguramente no hubiera consentido en inmolar a su hijo, a quien con tanta ternura amaba y en quien tenía puestas las esperanzas más lisonjeras; pero obedeció al Señor, dió el hijo que le pedía, y no solo lo conservó, sino que mereció oír al Omnipotente estas palabras memorables: «Juro por Mi mismo que Yo te bendeciré por cuanto por mi amor no has perdonado a tu unigénito». ¡Ah!, si supieran los padres las bendiciones de que se privan frustrando la vocación de alguno de sus hijos! Aunque las circunstancias de estos tiempos fuesen las mismas que las de los primeros siglos de la Iglesia, durante los cuales aspirar al Sacerdocio equivalía a comprometerse para el martirio, ¿qué honor más grande, ni qué mayor dicha para un cristiano, que derramar su propia sangre, pues sangre del padre es la del hijo, por la salvación del prójimo, como por nosotros derramó la suya Jesucristo Nuestro Redentor? Favorezcan pues todos los cristianos a su Seminario con limosnas y lo que es mejor aún, con los hijos que se sientan con verdadera vocación.

DE TRES BINARIOS

Así titula San Ignacio una meditación original, que propone al que hace sus Ejercicios, para que examine la disposición de ánimo en que se encuentra, cuando llega el momento de investigar cuál es la voluntad divina acerca del estado de su vida, o de otros puntos importantes sobre los que quiere deliberar. Pero a casi todos en muchas ocasiones podrá ser más útil de lo que a primera vista parece para desvanecer ilusiones, haciéndonos ver cuáles son los verdaderos estorbos que nos impiden ir adelante en el camino de la virtud.

La historia es de tres tipos o clases de hombres, que San Ignacio distribuye en binarios o parejas: «y cada uno de ellos ha adquiridos diez mil ducados (o

digamos ahora diez mil duros, o pesetas, que para el caso es lo mismo), no pura o debidamente por amor de Dios; y quieren todos salvarse, y hallar en paz a Dios Nuestro Señor quitando de sí la gravedad e impedimento que tienen para ello en la afición de la cosa adquirida». Y no es que hayan robado esta cantidad, ni la hayan adquirido por medios injustos, sino que con razón temen los lazos del demonio, que con la codicia de riquezas aun honradamente adquiridas, o con las comodidades que proporcionan, suele tentar a cosas mayores con peligro de la salvación del alma, o a lo menos poner impedimentos para que no se pueda «hallar en paz a Dios» y por consiguiente, si a imposible servir a Dios como él quiere que le sirvamos, darle la gloria que él quiere que le demos, alcanzar la perfección o vocación a que él nos llama tener trato familiar con él, ni adelantar gran cosa en la virtud.

Al mismo tiempo que miro estos tres cuadros, he de «ver a mí mismo cómo estoy delante de Dios Nuestro Señor y de todos sus santos, para desear y conocer lo que sea más grato a su Divina bondad».

Y ante todo he de «pedir gracia para elegir lo que mas a gloria de su Divina Majestad y salud de mi ánima sea».

I. «El primer binario quería quitar el afecto que a la cosa adquirida tiene para hallar en paz a Dios Nuestro Señor y saberse salvar; y no pone los medios hasta la hora de la muerte». Dos personajes hallamos en el Evangelio, que pueden formar esta bina. Uno es aquel escriba, que dijo a Nuestro Señor Jesucristo: al parecer con resolución generosa, (Mat. 8, 19), «Maestro, yo te seguiré donde quiera que vayas». Pero el Maestro le respondió: «Las raposas tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza». Y asustado por esta pobreza, el escriba parece que no se decidió a seguirle. Lo mismo o unió con aquél joven tan simpático, que preguntó qué haría para conseguir la vida eterna; y respondiéndole Nuestro Señor, que guardara los mandamientos, replicó él que desde su juventud los había guardado. Y reconociendo, sin duda, que decía verdad, le dirigió Jesús una mirada de amor y le dijo: «si quieres ser perfecto anda vende lo que tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, y ven, sígueme». Tal es la suerte de aquellos a quienes Jesucristo llama con amor y ellos querían pero no quieren de veras seguirle. Se quedan con lo que tienen, pero se quedan tristes y no saben hacer nada grande y generoso. Pierden la perfección y lo que es peor, ponen en peligro su salvación; pues hablando de este joven tan inocente y amado, dijo el Salvador: «¡Qué difícil es que los que tienen dinero entren en el reino de Dios!» Y como los discípulos se asustaron al oír tales palabras, las confirmó diciendo: «Hijos, qué difícil es que los que confían en su dinero, entren en el reino de Dios. Más fácil es que un camello entre por el ojo de una aguja, que un rico en el reino de Dios».

Si no en lo tocante a la salvación, o a seguir la vocación divina, a la que acaso hemos ya correspondido, fácil es que nos hallemos en la disposición de este binario para otras cosas que mucho nos importa. Así querriamos adelantar en la perfección y en la virtud, pero no queremos mortificarnos; querriamos alcanzar paciencia sin ejercicio de padecer; querriamos evitar faltas, sin guardarnos de ocasiones; servir mucho a Dios sin renunciar a nuestras comodidades, riquezas, honores, etc.

II. «El segundo quiere quitar el afecto mas así le quiere quitar, que quede con la cosa adquirida; de

manera que allí, venga Dios donde él quiere y no determina de darle para ir a Dios, aunque fuese el mejor estado para él. También hallamos en el Evangelio esta bina, formada por dos que querían seguir a Jesucristo, pero con ciertas condiciones. El uno quería primero ir a sepultar a su padre, el otro hacer renunciar de las cosas que tenía en su casa. Al uno contestó Jesucristo que dejara que los muertos enterraran a sus muertos y al otro que «nadie que pone la mano en el arado y mira atrás es apto para el reino de los cielos» (Luc. 9. 59 y Mat. 8. 21).

III. «El tercero quiere quitar el afecto, mas así le quiere quitar, que no tiene afición a tener la cosa adquirida, o a no tenerla; sino quiere solamente quererla o no quererla, según que Dios Nuestro Señor le pondrá en voluntad y a la tal persona le parecerá mejor para servicio y alabanza de su divina Majestad; y entre tanto quiere hacer cuenta que todo lo deja en efecto, poniendo fuerza de no querer aquello, ni otra cosa ninguna, si no le moviere sólo el servicio de Dios Nuestro Señor, de manera que el deseo de mejor poder servir a Dios Nuestro Señor le mueva a tomar la cosa o dejarla».

Así procedieron aquellos apóstoles, cuya vocación nos refiere el Evangelio (y son también precisamente tres binarios) San Andrés y San Pablo, San Juan y Santiago, San Mateo y San Felipe; que (llamados los unos poco a poco y los otros de repente) dejaron cuanto tenían y se entregaron sin poner condiciones a Jesucristo. Esta disposición magnánima y generosa de entregarse sin reservas a quien tanto nos ama y sólo nos pide sacrificios por nuestro bien es la única digna y la única que puede darnos paz completa, y llevarnos a la vocación de Dios.

No puede negarse que a veces nos será esto muy costoso. Pero para que se nos haga fácil nos manda San Ignacio, que acudamos aquí en fervoroso coloquio a la Virgen Nuestra Madre; que dándonos ella la mano no nos cansaremos; y acudamos luego llevados por ella a Cristo Nuestro Señor. ¿Cómo podremos negarle nada si le miramos clavado en la cruz por amor nuestro! Que nos postremos finalmente ante la majestad del Eterno Padre y le hagamos nuestra obligación generosa.

Mucho aprovechará para extinguir todo afecto desordenado (como el Santo aquí nota) que pidamos en estos coloquios (aunque sea contra la carne) que el Señor nos da aquello precisamente que más nos repugna. Preciso es inclinarnos así a la parte contraria para establecer el equilibrio en el alma de-equilibrada por las pasiones y aficiones desordenadas.

N., s. J.

A PROPÓSITO DEL DÍA DEL PLATO ÚNICO

El Gobernador general del Estado, secundando la iniciativa del ilustre general Queipo de Llano, en el Sur de España, propone, para atender a la beneficencia social la implantación de esta medida que tan felices resultados ha dado en otros países.

Que los que de ordinario comen abundantemente y bien coman menos, para que los que de ordinario comen poco y mal, coman más y vivan mejor, es una medida que a los católicos no nos puede coger de sorpresa, porque esa es precisamente la razón de ser del ayuno vigente en la Iglesia desde los tiempos apostólicos.

«Que el ayuno del rico sea refección del pobre» decía en el siglo V el gran San Ambrosio.

El ayuno eclesiástico, a más de su carácter esencial de mortificación, tiene el de la caridad para con el necesitado.

¿Cómo se vislumbra en toda la organización y pedagogía de la Iglesia la acción del Espíritu Santo, que la informa y guía!

Ved, si no, lo que se trata de obtener del ayuno de sus hijos: 1.º con la pena de comer menos, la expiación por los pecados; 2.º con la austeridad, preservación para no cometerlos; 3.º con el ahorro, medios para socorrer a los pobres; 4.º con la privación temporal y voluntaria del comer, compasión y experiencia de los que la padecen necesaria y perpetuamente, y 5.º, con la repetición de someter los apetitos a la razón y esta a la ley, el hábito del orden y de la paz.

¿Y por qué no esperar algo de excelentes frutos del ayuno eclesiástico, y aún todos, de la implantación del plato único, si se acepta con la mirada y el corazón puestos en Dios, que tantas ofensas recibió de la España liberal y marxista, y en nuestros hermanos los pobres, singularmente los niños desvalidos que, que como siempre acontecen son bien o mal tratados, según lo sean Dios y la Iglesia? ¿Es mucho dar el dinero que se ahorra con una ligera mortificación, si se compara con los sacrificios de sangre y de vidas que están ofreciendo tantos españoles por la redención de su Patria?

Sea, pues, bien venido el día del plato único con todos los buenos resultados para los hambrientos de pan, abrigo y protección que se prometen sus ilustres implantadores, y con aquellos una gran austeridad en diversiones, espectáculos, adornos y falsas necesidades.

(De El Granito de Arena).

SABIA ENSEÑANZA

—¿Qué causa, infeliz, he dado para que me desterréis?

Triste un Zángano decía a una Abeja, que al dindel se hallaba de una colmena.

—¿Quieres indicarme a quién he causado el menor daño?

—A nadie, seguro es, respondió al punto la Abeja; pero, ¿cuándo hiciste bien?

—Basta ser inofensivo para que comas la miel que cogemos de las flores?

—¿Te gusta holgar? Marcha, pues, adonde por no no hacer nada casa y comida te den;

que aquí tan sólo el trabajo con fruto consigue prez.

Sabia y concisa la Abeja, hizo al Zángano entender,

que no basta no hacer mal, es necesario hacer bien.

X.

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA Y SAGRADA COMUNIÓN

SEGÚN

LOS SANTOS PADRES Y DOCTORES DE LA IGLESIA

Más merece el que devotamente oyó una Misa (en gracia de Dios que si peregrinara la dilatada espaciosidad de todo el mundo, y que si diera a los pobres toda su hacienda; pero mucho más el que la celebra. *(San Bernardo.)*

Si alguno orare devotamente Misa alcanzará grandes auxilios para no caer en pecado mortal, y se le perdonarán sus defectos y pecados veniales e imperfecciones. *(San Agustín.)*

Todos aquellos pasos que uno da para oír Misa, son escritos y contados por el Angel Custodio, y por cada paso le dará el Altísimo Dios un grandísimo premio en esta vida mortal y perenne. *(San Agustín.)*

Mientras uno oye Misa no pierde el tiempo, sino que gana mucho, por muy dilatado que el Sacerdote se esté en el Santo Sacrificio de la Misa. *(S. Agustín.)*

El que devotamente oyere Misa, en aquel día se librará de muy grandes peligros y muchos males. *(San Gregorio.)*

Ningún Sacrificio hay en todo el mundo por el cual las almas de los difuntos con mayor presteza salgan y libren de las penas del purgatorio que por la Sacratísima Oblación y Santo Sacrificio de la Misa, como sienten los teólogos. *(San Gregorio.)*

Las almas que están en las penas del Purgatorio por las cuales el Sacerdote ora y ruega en la Misa, en el interín ningún tormento padecen mientras que el Santo Sacrificio de la Misa se celebra y dice por ellas. *(San Gregorio.)*

La celebración de la Misa en cierta manera vale tanto, cuanto vale la muerte de Cristo en la Cruz. *(San Juan Crisóstomo.)*

Los efectos que causa el Santo Sacrificio de la Misa y oírlo son los siguientes: resiste a los malos pensamientos; destruye los pecados; mitiga el aguijón de la carne; da fuerzas al alma para batallar contra los enemigos; perdona los pecados veniales; purifica, limpia y purga el corazón; alienta a obrar el bien; aumenta la castidad; acrecienta el fervor de la caridad; da fuerzas para sufrir las cosas adversas y llena el alma de todas las virtudes; y, en fin para decirlo de una vez, cuantos frutos, gracias, privilegios y dones recibimos de la mano del Altísimo Dios, todos son por la Sagrada Muerte y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, la cual se representa en el Santo Sacrificio de la Misa. *(Santo Tomás de Aquino.)*

La Misa es uno de los grandes alivios que podemos dar a las almas del Purgatorio. *(Santo Tomás de Villanueva.)*

Tanto los Sacerdotes que pudiendo no dicen Misa, como los demás fieles que dejan de oírlo, privan a la Santísima Trinidad de gloria y alabanza, a los ángeles de alegría, a los pecadores del perdón, a los justos de subsidio, a las almas del Purgatorio de refrigerio y a sí mismos de medicina y remedio. *(V. Beda.)*

«El Santísimo y soberano Sacrificio de la Misa, es el centro de la Religión cristiana, el alma de la devoción, la vida de la piedad, el misterio inefable que comprende el abismo de la caridad divina, por el cual Dios, uniéndose realmente a nosotros, nos comuni-

ca con magnificencia sus gracias y favores *(San Francisco de Sales.)*

«Cuando el Sacerdote celebra el Santo Sacrificio de la Misa, honra a Dios, alegra a los Angeles y edifica a la Iglesia; ayuda a los vivos, da descanso a los difuntos y hácese participante de todos los bienes.»

«En la Misa se consagra y se adora aquel altísimo y dignísimo Sacramento que es verdadera salud de alma y cuerpo, medicina de toda enfermedad espiritual, con la cual se curan todos los vicios, refrenan-se las pasiones, las tentaciones se vencen y disminuyen, dase mayor gracia la virtud comenzada crece, confirmase la fe, esfuerzase la esperanza, enciéndese la caridad y se dilata.»

«El que acude con prontitud a oír el Santo Sacrificio de la Misa, es como el que acude a la fuente de la bondad y de toda limpieza para que pueda quedar sano de todas sus pasiones y vicios y merzca que dar y permanecer más fuerte y más despierto contra todas las tentaciones y engaños del demonio. *(Kempis.)*

San Nilo dice que «estando en la Misa, vió varias veces que los Angeles asistían a ella y que se inclinaban por entre los fieles y ofrecían a Dios sus oraciones.»

San Juan Crisóstomo dice que «asisten a la Misa escuadrones celestiales de ángeles, de querubines y serafines, arrodillados con gran reverencia, y que, concluido el Sacrificio, van volando estos correos celestiales a las cárceles del Purgatorio a poner en obra los rescates que por virtud de aquella Misa les franquea Dios.»

«Dios es más honrado con una sola Misa que con todas las alabanzas de los hombres y los ángeles, porque en la Misa quien honra a Dios es un Dios. Nada hay en el mundo más agradable al Eterno Padre que el Santo Sacrificio de la Misa, porque en él se le ofrece a su amantísimo hijo.» *(Catecismo de Mazo.)*

«Los ángeles no tienen en el cielo cosa más grande que ofrecer a Dios que la que nosotros le ofrecemos en el altar cuando oímos Misa.» *(Catecismo de Mazo.)*

San Pascual Bailón tenía siempre tales deseos de asistir al Santo Sacrificio de la Misa; que cuando no podía asistir por tener que estar en el campo guardando ganado, siempre que oía tocar la campana a alzar, se ponía de rodillas mirando hacia la Iglesia, para adorar a Dios en el Sacramento del altar; y era tan ardiente el amor que sentía hacia este adorable Sacramento que, estando en la Iglesia, ya difunto y echado en el ataúd, mientras se celebraba la Misa por su alma, abrió y cerró dos veces los ojos a la elevación de la Sagrada Hostia, haciendo una breve reverencia a tan adorable Sacramento, habiendo causado esto grande admiración a todos los que asistían a la Misa.

PARA EL "CRUZADO DE LA FE"

Suma anterior.	118 75 pts.
Una Señora.	1 00 »
D. Agustín L. Romo, de Descargamaria.	10 00 »
Total.	129,75 »

IMP. Y. LEB. ELECTIVO INLESA D. M. 1910